

# LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

*Año VIII*

*Barcelona 2 de Septiembre de 1897*

*Núm. 354*

ALREDEDOR DEL MUNDO



BRUSELAS. — Monumento á Godofredo de Bullon



## Ida y vuelta

Timoleón González acababa de cumplir los treinta y nueve, cuando le entraron unas ganas vehementísimas, irresistibles, de abandonar la vida madrileña, «esa vida febril, atropellada, artificiosa,—decía él,—formada de vicios, ambiciones, hipocresías y muecas», por la dulce placidez de la vida campesina.

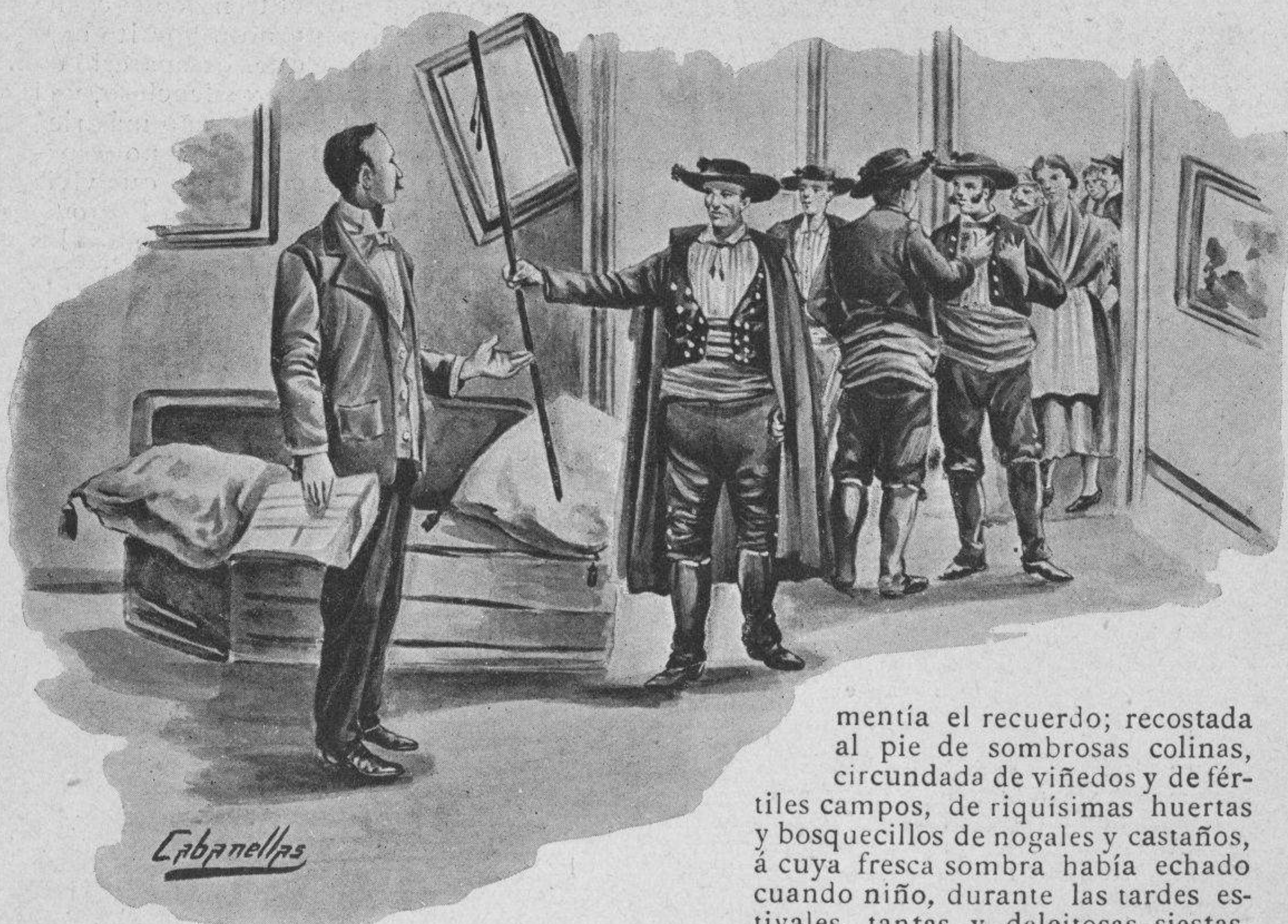
A Timoleón le habían derrotado ignominiosamente en las últimas elecciones de concejales, y aunque él manifestaba alegrarse de ello, la verdad es que se sentía mortificado, pero mucho, muchísimo. A Timoleón le habían aligerado, en fecha muy reciente, de 50,000 pesetas, allá en las cavernas de la Bolsa, y por más que él asegurase que esa pérdida no le preocupaba maldita la cosa, lo cierto es que el corazón se le oprimía al pensar en aquellos diez mil dures, evaporados tan rápidamente. A Timoleón, por fin, le había dado calabazas una viuda joven, guapa y rica, á la cual se imaginó un día, sin saber por qué, haber inspirado ardiente simpatía. Descorazonado, hastiado, Timoleón se dijo: No; lo que es en este Madrid, un hombre decente no puede vivir... Y acarició desde aquel momento la idea de irse al campo, ó cuando menos á una pequeña población rural bien tranquilita, de costumbres sencillas y patriarcales, en donde la existencia se deslizase pacífica, sin sacudidas, en suave monotonía é inalterable reposo.

Adoptada, en principio, esta resolución, González se sintió alegre y reconfortado. Luego se puso á reflexionar acerca del sitio en que mejor podría realizar sus semi-bucólicos ensueños, y en esta tarea empleó algunas horas. ¿Qué punto escogería?... ¿Qué comarca iría á honrar con su presencia? Primero pensó en establecerse en Guarrachiguti-nogurrea, una villita muy mona, allá en plena Vizcaya, en donde tres años atrás pasara un verano delicioso. Pero... ¡qué frío tan horroroso debía hacer allí en invierno!... Luego se le ocurrió dirigirse á San Diego de los Bocoyes, un pueblecito encantador de la provincia de Sevilla, en el que había ido á pasar, un quinquenio atrás, las Navidades en casa de un amigo. Pero... ¡qué calores tan asfixiantes debían prevalecer allá, en verano!... Después le asaltó la idea de plantarse en una población de las costas catalanas, que él no había visto nunca, pero de la que un amigo le hiciera una descripción entusiasta. Gente

honrada, costumbres honradas, vino honrado, esto es, sin trampas; ¡y un cielo!... ¡y un mar!... ¡y unas mujeres!... ¡y unos comestibles!... «Pero allí no conozco á nadie... — se dijo melancólicamente Timoleón, — y además no entiendo una palabra de la enérgica y expresiva lengua de Rubau y Donadeu, mi correligionario y amigo... Pero señor, ¿á dónde demonios podré yo refugiarme?»

De pronto se sacudió una tremenda palmada en la calva y exclamó: ¡Qué bruto soy!... ¡Y no haberseme ocurrido antes!...

Encendió un cigarro, se repantigó en su poltrona, y sonriente, enternecido, dió alas á su imaginación, evocando el recuerdo de San Pablo de las Guindas, la diminuta y deliciosa villa en que viera el primer rayo de sol, en que se había mecido su cuna, en donde se deslizó gozosa su infancia, y que no había vuelto á ver desde que saliera de sus muros, cosa de veinte y cinco años há... San Pedro, una urbe pequeña, pero bonitísima, sino



*Cabanellas*

mentía el recuerdo; recostada al pie de sombrías colinas, circundada de viñedos y de fértiles campos, de riquísimas huertas y bosquecillos de nogales y castaños, á cuya fresca sombra había echado cuando niño, durante las tardes estivales, tantas y deleitosas siestas. ¿Qué mejor retiro podía escoger un

hombre hastiado de la vida cortesana, que aquel poético rincón, oreado por las brisas montañosas, fresco en verano, tibio en invierno, salutífero, y cuyos habitantes, alejados de la deletérea atmósfera que reina en las ciudades, debían conservar aquella grata rusticidad, exenta de embusteras fórmulas y de pérfidos halagos, que sólo se encuentra ya entre la verdadera gente campesina?

Además, San Pedro de las Guindas tenía una circunstancia inapreciable; un hechizo íntimo que ningún otro lugar del mundo podía ofrecer á Timoleón: era el país natal, era la patria; una patria chica, eso sí, muy chiquita, pero verdadera, legítima, reconcentrada, en toda su esencia. González, que durante cinco lustros largos no se había acordado para nada del lugar de su nacimiento, sintióse de pronto conmovido, casi con ganas de llorar; paladeó, moralmente, el sabor de la tierra y hasta escuchó la voz de la sangre que le decía: ¿sabes, hijo, que por allí deben quedarte todavía cinco ó seis parientes? Sí... lo que es algún González no ha de faltar... de fijo...

Tres días enteros estuvo madurando Timoleón su propósito, y hay que decirlo en honor suyo: la reflexión, en vez de entibiar sus ideales, les alentó con tal vehemencia, que el hombre apresuró sus preparativos de marcha y de definitiva ausencia, arreglando sus asuntos financieros y manifestando al casero que podía disponer del cuarto desde fin de mes. Desdeñó el comunicar su resolución á sus numerosos amigos y conocidos, quizás por temor de que le tomaran el pelo; únicamente la hizo saber á un íntimo que recibió el encargo de embalar los muebles y utensilios y chirimbolos y de enviárselos al pueblo

así que tuviera aviso, esto es: así que hubiese encontrado el ausente instalación á su gusto. El amigo le trató de «memo» y de «cursi», pero ofreciéndose á cumplir el encargo.



Por fin, Timoleón se acomodó una noche en un compartimiento de primera; dirigió un saludo entre irónico y rencoroso á la madrileña urbe, al pitar la locomotora y arrancarse los vagones; encasquetóse una gorrita de viaje y se dispuso á dormir con la menor molestia posible. El bondadoso Morfeo se entró á los primeros kilómetros devorados por el tren, en el coche de González, puso un pomito bajo las narices de éste, desapareció en seguida, invisible y silencioso, y el viajero disfrutó del sueño más rico que puede un sér humano esperar. Soñó, en efecto, que vivía en la mejor casa de San Pedro de las Guindas; que era de todos los vecinos el más pudiente y respetado; que sus tierras le producían cosechas portentosas; que iba á casarse al día siguiente con la muchacha más guapa y mejor educada

del pueblo v... que el vecindario en masa le visitaba suplicándole se dignara aceptar la vara de alcalde con carácter perpetuo é inamovible.

JUAN BUSCÓN.

(Concluirá).

## Historia vulgarísima

A Juana, chica de airoso porte, que era la diosa de su lugar, la dió la idea de irse á la Corte con el objeto de prosperar.

Pególa un día cuatro sopapos su padre, y ella se incomodó, mandóle al cuerno, cogió sus trapos y haciendo un lío, se las lió.

Allá en la Corte, torturas crueles el infortunio la hizo sufrir; ni con anuncios en los papeles lograr hallaba donde servir.

«Ojo.—Una joven bien educada en cualquier parte colocación desearía como criada; 10, Sombrerete, darán razón.»

Salió este anuncio próximamente catorce días en un papel; mas, por desgracia, no hizo la gente lo que se dice ni caso de él.

Sintió la chica los muchos males que su imprudencia la acarreó y, sobre todo, los 30 reales que en los anuncios se malgastó.

Juana su fuga pagó con creces; ¡inútilmente la pobre en las soldadas de otras pensó mil veces y en los soldados bastantes más!

De sus desdichas, si bajo el peso la pobre moza no sucumbió, fué solamente por un suceso que por fortuna le acaeció.

Hambrienta y sola vivía Juana teniendo siempre la honra en un tris, cuando en la calle cierta mañana encontró á un joven de su país.

El chico, un chico muy elegante, y muy simpático y muy bribón, habló á la joven, y en un instante supo cual era su situación.

De su existencia las amarguras tuvo al paisano que relatar, y eran tan grandes sus desventuras, que la muchacha se echó á llorar.

—¿Por qué sollozas?—¿Por qué sollozo? Porque no sirvo...—¿Quién á decir se atrevería, la dijo el mozo, que tú no sirves?... ¡No has de servir!...

Mas... ¿tú criada?... No lo tolero... ¿Tú, tú que vales más que un Perú?... Para señora, sí sirves; pero para sirvienta no sirves tú...

Con esos ojos, con ese talle ¿cómo es que vives en la estrechez de una buharda sita en la calle del Sombrerete, número 10?...

Ser tú criada fuera una afrenta. ¿Tú entre fregonas?... ¡Eso jamás!... Eres tú mucho para sirvienta; vente conmigo y ama serás...

Y aquella joven, cuya honra estaba constantemente casi en un tris, por si su suerte se transformaba, siguió al muchacho de su país; el cual, lectores, lo prometido cumplió más tarde de un modo fiel; yo lo deduzco de lo leído hace unos días en un papel.

Viendo este anuncio, pronto se pesca en qué se funda mi afirmación: «Ama de cría con leche fresca; 10, Sombrerete, darán razón».

FERNANDO SEGURA.

ALREDEDOR DEL MUNDO



BOULOGNE. — La playa



LE TRÉPORT. — La playa y el Casino



## La flor de azahar

(CASI POEMA)

A mi buen amigo Francisco Gascón Cubells

I

Floreçían los verdes naranjales  
cubiertos por la nieve de sus flores,  
que esparcían perfumes ideales  
cantando el himeneo y los amores;  
porque es la flor el alma de la planta,  
su esencia es similar al pensamiento  
y nadie sabe si embalsama ó canta...  
¿La nota y el perfume que os encanta  
no huyen igual disueltos en el viento?  
Arcano que ninguno sondaría  
es penetrar la esencia de las cosas.  
El perfume del alma es la armonía.  
La fragancia es el canto de las rosas.

II

Elvira la hortelana,  
joven garrida y de radiantes ojos,  
escondía la luz de la mañana  
en los celajes de sus labios rojos.  
Con el pelo más negro que la endrina  
y el busto de sirena,  
no era la niña una beldad divina,  
pero era una mujer... y ¡era morena!  
Son los ángeles... rubias como el oro  
¡y su amor las condujo hasta el Eterno!  
Las morenas... ¡no forman ese coro,  
pues todas al amar van al infierno!

III

Bajo el naranjo que perenne sombra  
tiende en el huerto y al nacer un día  
en que de plata sin igual alfombra  
la flor de azahar, al desprenderse, hacía,  
Elvira la hortelana  
se encontró con Martín el jornalero...

¡Así la luz de Febo, soberana  
del alba, tropezó con el lucero!  
Mas ¡ay! el astro-rey resplandeciente  
hace huir con sus rayos á la estrella...  
y Martín, que era un astro muy valiente,  
en vez de huir, aproximóse á ella  
y la habló de su amor ardientemente.

IV

Cuando se separaron,  
tras de darse un abrazo muy estrecho,  
ambos á dos llevaron  
un ramito de azahar prendido al pecho.

V

Ella lo conservó cerca de un año  
y se tornó su faz descolorida...  
Se hablaron de traiciones y de engaño  
y amargaron las dichas de su vida.  
Marchóse á la ciudad ocultamente.  
Por olvidar sus penas y dolores  
y llevando en su seno tristemente  
las ya marchitas flores,  
fué al teatro á escuchar una zarzuela,  
oyó cantar amor, y en un pasaje  
cayó muerta cual tallo que se huela,  
y dando un grito lúgubre y salvaje,  
desprendióse el azahar y cayó al suelo  
mientras que el alma taladraba el cielo,  
y en tanto que la gente se alborota,  
un doctor de gran nota  
que mata los enfermos que no aburre,  
dijo al diagnosticar:—¡Es causa ignota!  
¡Al diablo se le ocurre  
morirse estando viendo «La Mascota!»

JOSÉ M.<sup>a</sup> DE LA TORRE.



## La bestia

Hacia algunos días que junto á la mesa de un café, donde lo tomaba habitualmente, encontraba sentado á un individuo que usaba una ropa blanca que no lo era del todo. El resto de su indumentaria, no se recomendaba tampoco por su pulcritud ni por su elegancia. No me acomodaba mucho tal vecindad, y subía de punto la molestia que me causaba al advertir que aquel hombre me miraba fijamente cuando creía que yo no le veía. Las miradas que fijaba en mí eran las de un hombre que quiere cerciorarse de la identidad de un individuo y que vacila en reconocerlo del todo.

¿De qué demonios me conocería aquel hombre? Y el caso es que por mi parte también me parecía recordar vagamente sus facciones y su aire. Era un hombre de unos treinta y cinco años, alto y enjuto de carnes, con un rostro amojamado, en el que brillaban dos ojos grises, de mirada muy viva, pero apagada por regla general. Esos ojos miraban por debajo de unas cejas pobladas que servían de límite á una frente amplia y despejada.

Al cabo, un día en que se cruzaron con más insistencia que nunca nuestras miradas, sostuvo el desconocido la mía y me dijo sin más preámbulos:

—Sí; no te engañan tus ojos y tus recuerdos. Sí; yo soy Juan Piedra, el que conociste rico, gastador y alegre.

—¡Tú! ¡Tú!

—Yo mismo, en huesos y en un resto de carne. Yo que tanto he variado en cinco años, que, ya ves, ni me reconocías siquiera.

Ante aquel amigo que parecía salir del olvido, del polvo destructor que borra los perfiles y destruye los contornos, quedé un momento sin saber que decir. Compadecíale á él y á mí mismo me compadecía pensando que yo era de la pasta de aquel hombre, recordando que yo había estado á pique, cien veces por lo menos, de caer en el abismo que á él le había tragado.

Con un gesto y una voz que recordaban sus tiempos buenos, me dijo:

—¿Vamos á cenar aquí?

Y en tanto que disponía con el mozo la cena que debíamos comernos y que indudablemente no pagaría él, pensaba yo en la catástrofe horrenda que aquel hombre á quien co-

E. BISSON



Crítica

nociera como uno de los más inteligentes de nuestra generación, debía de haber sufrido.

—Ya ves que todavía me acuerdo de comer bien—me dijo sonriendo.—¿No te has fijado en los platos que he pedido?

—No.

—Haces mal. La comida, la conservación del cuerpo, es lo único que debe interesar á todos los hombres.

—¿A todos?—dije, por decir algo.

—A cuantos han sabido comprender que la vida espiritual no tiene razón ninguna de ser en este pícaro mundo.

Le miré con más atención. Es verdad que iba vestido de un modo estafalario y no muy decente; que su piel estaba arrugada; pero noté que la miseria no había marcado sus líneas indelebles en aquel rostro ni en el cuerpo, que todavía se erguía con firmeza, esbelto y fuerte. El demonio, que tantos estragos produjo en las facciones inteligentes, no era la Penia de los antiguos, sino la Disipación de los modernos.

—¿Tienes dinero?—le pregunté bruscamente.

—Sí. ¿Viviría acaso sin él? ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada; no hagas caso.

—Ya. No me figuró que lo hayas hecho para saber si pagaría yo la cena. Pero lo que sí creo es que lo has hecho para averiguar la causa de encontrarme convertido en una calamidad ambulante, en un sér á quien algunos ¡tontos! desdeñarían tender la mano.

—Lo acertaste.

—Pues bien; cuando hayamos comido á gusto, satisfaré tu curiosidad; pero espero que me guardes el secreto.

Los platos empezaron á desfilarse ante nosotros. A la carne en salsa siguió el pescado, á éste los fiambres, las legumbres y terminó la cena con el plato de becadas que de antiguo nos gustaba á él y á mí.

Mi amigo comió como Gargantúa, bebió como Baco, y cuando al calor de la digestión que empezaba chispearon sus ojos y se animaran sus facciones elocuentes, me miró unos segundos con gran fijeza como si tratara de saber si merecía la confesión que iba á hacerme, y luego, como satisfecho de su examen, me dijo:

—Amigo, yo no sé si alguna vez lo has advertido; pero te aseguro que soy un hombre de talento. He estudiado la vida á través de todas sus formas; he conocido el dolor bajo todos sus aspectos; he gustado con exceso todos los placeres; he tenido cualidades para satisfacer todas las ambiciones; he sabido conservar y aumentar de un modo desmedido el dinero que tenía, el dinero al cual todo obedece menos la tontería del relapso ó del mártir. ¿Te gusta el exordio?

—Sí.

—Pues luego de conocer y estudiar y gozar, ¿sabes qué conclusión he sacado de todo ello?

—No.

—Que para vivir bien y á gusto era preciso convertirse en una bestia. La animalidad que late en todo hombre, principio mismo de su vida y única causa de ella, es la sola fuerza que debe subsistir en el mundo y en el hombre. Máquinas todos de transformar materia. ¿Para qué intentar algo más? A la animalidad he vuelto y me va muy bien. Aprovecha la lección si quieres.

Sacó dinero, pagó y se marchó despacio.

¿Estaba loco ó cuerdo?

He aquí lo que todavía no he averiguado.

A. RIERA.

---

## Epigramas

Para pagar un billete  
de ida y *vuelta*, de tercera,  
yo dí un billete del Banco  
y no me dieron la *vuelta*.

—Calavera, jugador,  
vicioso, desenfrenado...  
—Hombre tan desgobernado  
¿quién és?—El *gobernador*.

Eres niña tan graciosa,  
porque tu hermosa mirada  
en Dios fijaste una vez  
y el Señor *te dió las gracias*.

Hay muchos que, á mi entender,  
si casados quieren ser,  
por no poder, no se casan,  
y otros lo contrario pasan;  
que se casan *por poder*.

José M.<sup>a</sup> SOLÍS Y MONTORO.



J. CUCHY



En la horchatería

## A un gobernador fresco

Leo en los periódicos, queridísimo amigo mío, que vas á ser nombrado gobernador civil, y no puedo resistir al deseo de aconsejarte, por más que yo sepa hace mucho tiempo que el aconsejar es siempre imprudente, y que á ningún español mayor de edad se le debe decir lo que hacer debe.

¡Gobernador! ¿Y para qué sirve eso?

¿Representar sin remedio el papel del tirano, de un país donde á nadie le gusta obedecer, hacer cumplir leyes que están reñidas con tu carácter independiente y generoso; renunciar, sabe Dios hasta cuando, á las glorias de la escena, á la tranquilidad del que es rico en su casa (y tú lo eres, como te lo probaré más adelante), dejar la corte donde tienes tus afecciones, tus amigos, tus éxitos, para encerrarte en un rincón de Castilla á imponer cosas que á nadie le gustan, y á poner mordazas á la opinión, y á adquirir forzosamente enemigos, tú, querido Juan José, que hoy no tienes ninguno?

Error crasísimo, obcecación increíble en persona de entendimiento tan claro. No lo comprendo, pero procuraré demostrarlo lo mejor que pueda.

Aquellos españoles que no saben hacer nada productivo, á quienes la Providencia ó la fortuna han cerrado las puertas del arte, del comercio, de la industria, de todo aquello, en fin, que hace por sí solo su carrera en el mundo, santo y bueno que busquen en la administración carrera y derechos para la vejez, suponiendo que eso sea durable en lo porvenir, que lo dudo. Aun la política, para los que la tienen por oficio, es fácil camino para llegar á la fortuna; porque supondrás, como yo, que si algún hombre político que no está lejos de tí, se hubiera sentido con fuerza para ser un Cortina, un Pradilla, un Federico Rubio ó un García Gutiérrez, no hubiera imitado al personaje de Moratín, que fué y se metió á poeta, metiéndose á hombre de Estado, sin más que el descaro que da la ignorancia, para tener luego que arrostrar las sonrisas de la opinión, que si no le recibe, le aguanta, porque la multitud suele tener muy buenas tragaderas.

Pero los que pueden elevarse por sí, los que, como tú, no tienen más que dirigirse al público para que los oiga, les aplauda y les dé renta más segura que la ilusoria del Estado, ¿qué honra ni qué provecho han de sacar de tan vulgar empleo, para el cual, según

A. KAMPF



Muerte del general Koeben

la ley vigente, no se necesita condición alguna? No se puede ser escribiente con treinta duros al mes, sin haberlo sido antes con veintidós; es imposible ser jefe de sección sin haber sido auxiliar antes; se necesitan diez años de servicio, para ascender de un grado á otro. Gobernador, en cambio, lo puede ser el primer amigo que se llegue al ministro en un buen cuarto de hora; en una palabra, algún auxiliar tuyo, cuya capacidad en materia de administración será notoria, no ascenderá en diez años á oficial de secretaría; pero á la industrial Barcelona, emporio de la riqueza de España, departamento político importante, capital de primer orden y segunda de España, la podría gobernar tu portero.

En un país construído así, vas á ser autoridad provincial rigiendo sus destinos á medida del gusto del Gobierno; y tú, independiente de caracter, íntegro y de conciencia recta, serás esclavo del elemento López y del elemento Núñez, todos reñidos entre sí y todos procurando sorprenderte en contra del Gobierno,

menos el elemento adicto, que pretenderá, por serlo, mandar más que tú, obligándote á ejercer la presión, que produce la ira, y la autoridad, que produce la queja.

Y luego... permíteme que te anuncie lo que por experiencia sé, puesto que pretendo convencerte un poco. Con decirte lo que á mí me ha pasado, creo que convendrás conmigo.

Tres veces en un mes me nombraron á mí para un cargo análogo, y las tres veces lo desdeñé, desesperando con razón al elemento que me nombraba, dando fútiles razones por resultar ésta que á mí mismo me daba todas las noches pensando en lo que iba á suceder muy pronto.

A mí me repugna que nadie me mande; ¿con qué derecho voy yo á mandar á los demás? Rara es la ley escrita que los españoles quieren cumplir. ¿Cómo las haré obedecer si á mí mismo me desagradan?

¿Quién soy yo para llegar á una provincia donde nadie me conoce, é imponerme á tantas voluntades? Yo sé hacer versos, artículos, novelas, comedias, dramas... Pero, ¿qué entiendo yo de todas estas cosas administrativas que de repente me caen sobre la espalda? Acaso entre mis subordinados haya alguno que sepa más que yo; y tal vez el subsecretario que me mande ejecutar valga menos. La política es una cosa tal, que hoy es mi jefe el que ayer era mi criado, y mañana lo soy yo del que ayer era mi superior moral en otra cosa. ¡No, de ningún modo!

J. WERTHE



Buenos amigos

Cuando yo logro un éxito en la escena, soy allí el gobernador, el subsecretario, el ministro, el rey de mi teatro. Esta dignidad que hoy me dan, es absurda; puede lograrla mi escribiente con audacia y favor. Sesenta mil habitantes esperan que vaya yo á mandarles, no porque valga más, sino porque he tenido esa fortuna.

Reniego de la fortuna. Pluma, papel, inspiración, actores, prensas, este es mi gobierno, mi vecindario el público, mi jefe la opinión, al diablo lo administrativo; que me esperen en Toledo; mañana acabaré mi obra... así salga el pueblo en masa á recibirme, y el cabildo con palio, y volteen las campanas, y suenen las músicas, no lo creo, mañana sí, mañana cuando mi actriz diga aquellos versos... Ya la oigo; los dice muy bien, el público prorrumpe en un murmullo sordo de aprobación, suena la primera palmada, luego mil, todos aplauden, el rey en su palco, la amiga en la butaca, el artesano en el paraíso, todos, todos míos, todos amigos y enemigos, adversarios y colegas; pero no es á mí, no, es á mi tiempo, es á nosotros todos, porque nosotros, periodistas, ingenieros, actores, cantantes, oradores, críticos, pintores, músicos, inventores, creadores de algo; nosotros somos los gobernadores de la opinión, sin más favor que el mérito propio, y sin más influencia que la del tiempo dichoso en que vivimos.

Y no lo fuí.

Y no es esto decirte que todos deben pensar lo mismo; pero por algo te supongo excepcional, y por eso te disuado cariñosamente.

Me dirás que te has propuesto seguir poco á poco tu carrera; pero tu carrera no es esa.

Yo sé que en dos años de gobernar, y los que has servido antes, y los que servirás luego, adquirirás derechos pasivos. ¿Pero qué más derechos pasivos que los de tu escénico trabajo? Pues qué, ¿en esos mismos años podrás repetir tus éxitos sobre la escena y adquirir una renta sana y gloriosa?

Observa aquellos de nuestros compañeros de letras, que pudiéramos llamar conservadores, con renta igual al sueldo de un ministro. Si yo, gastoso y necesitado, no hubiera vendido cincuenta y ocho comedias, tendría hoy una renta de seis mil duros.

Que un gobierno aristocrático como el actual, proteja á los artistas y literatos, es obligación moral suya, y á él le está bien y á los favorecidos no les daña.

Nosotros podemos ser empleados pasivos cuando no tenemos intención de hacer política, como se dice ahora; y no creo que perdamos por eso. Zapata, republicano, ha servido en la Habana en tiempos modernos. Yo, redactor del *Gil Blas*, he servido cinco años, más por necesidad que por entusiasmo. Unos y otros ignoramos todos esos detalles de la administración, que sabe al dedillo un empleado de seis mil reales; pero es que nosotros, los que venimos del Ateneo, del escenario, del periodismo, tenemos que ser ó todo ó nada; ó pies ó cabeza. Cuando Ayala vino de Alcolea á ser ministro, ignoraba el trámite de un expediente; pero acababa de derrumbar un trono.

Por eso el gobierno de provincia, para tí, que tienes todas las condiciones del hombre moderno, ó me parecê absurdo ó me parece poco. ¿Vas á ser gobernador obedeciendo á un noble deseo de entrar en la vida pública, dejando la tranquilidad obediente del despacho del ministerio? Entonces, como tal vez haremos otros, ahí está el periódico, el Congreso, la agitación legal de la opinión, la iniciativa personal y propia que producen los grandes sucesos; de esta manera serás mucho más, porque es más fácil, á quien le sobra talento como á tí, ser ministro donde lo ha sido tanto aventurero sin más mérito que perder su gloriosa juventud en menudencias administrativas. Puede uno gobernar bien su casa sin saber una palabra de cocina.

¿Quieres, por el contrario, ser gobernador para cumplir los años reglamentarios? Pues yo protesto como espectador, no como amigo. Conque lo sean otros no perdemos nada; conque lo seas tú, lo pierde tu país que tanto te estima como literato.

Te irás á Zamora. No espero que mis cariñosas frases te convenzan. Una vez allí tendrás que sustituir la lectura de Calderón con la ley provincial, y la de Moratín con la ley de aguas. Tendrás que oír todos los chismes de vecindad que irán á contarte los caciques del pueblo. Te acostarás rendido, y te despertarán con un telegrama cifrado, en que el Gobierno te dirá que recojas los ejemplares de un periódico en que tal vez se elogien tus obras, ó con el aviso de que se quema una tienda de ultramarinos, que irás á ver más quemado que ella. Tendrás que intervenir en cualquier motín de estudiantes, cuyos bríos y ardor juvenil te darán envidia, de seguro. Con esto y con que saques diputado á quien tal vez tengas sentado en la boca del estómago, como se dice vulgarmente, habrás desempeñado tu misión, y puede ser que te den, como á cualquier español, la gran cruz de Isabel la Católica.

¡Qué lástima de tiempo, queridísimo amigo mío!...

De todo corazón deploro este nombramiento, por el que de fijo te estarán ya dando la enhorabuena parientes y amigos, y si alguna vez paso por la provincia, bien sabes tú que he de ir á verte y darte un abrazo apretado; pero te he de pedir audiencia, no como autoridad, sino como poeta español, á quien consideraré como tal ante todo.

E. BLASCO.

Una fiesta de toros

(BOCETO DE HACE DOS SIGLOS)

I

Oprimiendo los hijares  
de un peceño trastrabado,  
que nieva de blanca espuma  
la tierra que va pisando;

Con ropilla recamada  
de randas y pasamanos,  
de los que brillantes chispas  
arrancan del sol los rayos;

Con valona á lo flamenco,  
capotillo á lo italiano,  
y castor á la francesa  
con plumas de verde y blanco;

Seguido de treinta pajes  
á la gineta montados,  
muy puestos á la morisca  
de chamelotes y rasos;

Tras de cumplir con el rito  
de hacer público agasajo  
al balcón á que los reyes,  
hace un momento llegaron;

Refrenando el noble bruto  
y á las bellas saludando;  
Gerineldos por lo apuesto,  
Gaiferos por lo bizarro,

En cierta tarde de toros,  
la Plaza de arriba á bajo  
cruza, del de Fernandina  
el ilustre mayorazgo.

Suspense el concurso entero  
quedóse un punto al mirarlo,  
que tales prestigios tienen  
siempre juventud y fausto,

Y en un sonoro «vítor»  
rompieron á saludarlo,  
la plebe, por lo valiente,  
las damas, por lo gallardo.

Después, la trompetería  
chillona, el aire rasgando,  
nuncio del primer empeño  
puso un sello á todo labio.

II

Nunca del claro Jarama  
desfloró el salobre pasto  
animal de más empuje,  
ni bruto mejor formado.

Fina y breve la pezuña,  
sedoso el pelo castaño,  
alta la cerviz enhiesta  
y el jarrete duro y ancho,

De tal modo en son de reto  
queda en el coso emplazado,  
que inspira el verle pavura  
y pone el mirarle espanto.

Para cumplir el empeño,  
del ancho circo en un flanco,  
están en primera línea  
Trejo, Cantillana y Gallo.

Y aunque es de todos sabido  
que son diestros consumados  
en quebrar una lancilla  
y en gobernar un caballo,

Impaciente ya la plebe  
se dispone á denostarlos,  
que inquietos los tres se miran  
y ninguno avanza un paso.

Confuso clamor de pronto  
se escucha de todos lados,



Estudio

que al fin el de Fernandina,  
mozo, y como mozo osado,  
Del otro extremo del coso  
parte veloz como un rayo,  
con una mano en las riendas  
y un arpón en la otra mano.

Al verle, el toro la arena  
escarba, como asombrado  
de que tamaña osadía  
se adune á tan pocos años,

Y sin dar tiempo al mancebo  
á que, el terreno cortando,  
pueda evitar el empuje  
de aquel vendabal astado,

Con el peceño arremete,  
álzase el bruto de manos,  
y en el borrén delantero  
el mozo el cuerpo inclinando,

No se supo qué fué antes,  
si hacerse el hastil pedazos,  
ó rendir la vida el toro  
de rabia y dolor bramando.

Empeño inútil sería  
pedir á la pluma trazos  
para pintar del concurso  
el frenético entusiasmo.

Baste sólo con que diga  
que á los mismos soberanos  
se les vió, batiendo palmas,  
tal arresto celebrando.

### III

En una apartada estancia  
de su vetusto Palacio,

el Duque de Fernandina  
está triste y solitario.

Lágrimas vierten sus ojos,  
sollozos hay en sus labios,  
y en su mano se ve un pliego  
que besa y estruja á ratos.

¡Llorar en momentos tales!  
¡Está loco el buen anciano,  
cuando en aquel mismo día  
le estrechó el rey en sus brazos!

¡Llorar, cuando regias joyas  
premian de su mayorazgo  
la temeraria osadía  
y el arrojo más que humano!

Llora, buen viejo, bien haces;  
llora, padre infortunado,  
y bien hiciéramos todos  
á tu llanto en asociarnos.

El segundo de sus hijos,  
oscuro y rudo soldado,  
encontró muerte gloriosa  
en Salsas en el asalto.

Y mientras el rey, que sabe  
de sus armas el fracaso,  
premia con regia largueza  
los arrestos temerarios

De mozos, cuya osadía  
solo se ve en el boato  
de una corrida de toros,  
muerte á un cornúpedo dando,

Los que en honra de su patria  
vierten su sangre en los campos  
logran por premio el olvido,  
por galardón el sarcasmo.

ANGEL R. CHAVES.

## La pecadora

### I

Cayó en los brazos de su amante, Luisa,  
enamorada y ciega...

Se supo aquella falta... y ¡está claro!  
la condenó la sociedad entera.

Dios dió á la carne el apetito loco,  
y el deseo que engendra  
un sin fin de fantásticos delirios  
y una nerviosa é impaciente fuerza;  
mas luego el hombre sujetó á su leyes  
la ruín naturaleza...

Faltó Luisa á este código ridículo,  
y el necio tribunal dió su sentencia...  
¡Y otra mujer al fango y al desprecio  
sin que le sirvan lágrimas ni quejas!

### II

Fué madre... Desde entonces, por un lado  
tuvo la sorda guerra

del mundo, y por el otro la sonrisa  
de un ángel. Se olvidó de la primera.

—¡Qué escándalo! mil bocas murmuraban...

Pero una... la más fresca,  
la más rosada, la de más dulzura,  
la más bella también... la más pequeña,  
juntándose á la cara de la joven,

—¡Mamá!... con torpe lengua  
murmuraba... ¡y el niño aquel vencía  
todo un mundo de hipócritas miserias,  
que en esa carne, al parecer tan débil,  
hay siempre más poder que en un atleta!

### III

Se encontraron las dos... no importa dónde...

Luisa, al mirar de cerca  
la faz de la mujer que le tendía  
la mano ardiendo por la fiebre y seca...

sintió en el alma la profunda angustia  
que causa la miseria  
cuando implora al que pasa... y entre andrajos  
un niño medio muerto le presenta.

—¿Qué tiene?—preguntó.—¡Pobre angelito!  
Y la mujer contesta:

—¡Hambre, señora! Como yo la sufro,  
muere en mi pecho, pero nada encuentra!  
¡Oh! si pudiese convertir en leche  
la sangre de mis venas,  
¡qué placer el morir, viendo á este pobre  
mamar mi vida entera!

Y mirando hacia arriba como loca,  
murmuró en son de queja:

—Si hay un Dios que no olvida al pajarillo,  
¿por qué al ángel que muere no recuerda?

### IV

—¡Dios está en todas partes!—dijo Luisa,  
y echando al punto fuera

el pecho aquel donde su ciego amante  
reclinó, harto de goces, la cabeza,  
atrajo al niño, que cesó en su llanto...

y mamó con tal fuerza,  
que la sonrisa de la hermosa joven  
brotó entre un gesto de dolor envuelta.

### V

Y al ver Dios aquel cuadro, desde el cielo,  
con alegría extrema

le dijo á un santo que á su lado estaba:

—Mira un momento allí... ¿Qué santa es esa?

—¡Una gran pecadora!...—¿Pecadora?...

Y con su augusta diestra  
bendijo Dios á Luisa, y dijo:—¡Bueno!...  
Me ha parecido santa... ¡y santa queda!...

Luís DE ANSORENA.

## ¡Quién supiera leer!

No es falsa modestia; lo digo como lo siento, ó como lo lamento.

Encontrarse un hombre en mi edad, que ya soy crecidito; escribir para el público, que me recompensa, no por lo que valgo, que si así fuera no andaría yo muy bien, sino por pagarme el cariño y el respeto que me inspira...

El público es el juez más severo y menos apasionado en sus fallos, digan cuanto quieran algunos espíritus... de vino.

Pues bien: yo leía de corrido, tanto en letras de imprenta cuanto en manuscrito, aun con las faltas de ortografía que usa cada cual, de los que las usan.

Por esto cuando me preguntaban:

—¿Sabe usted leer?

Respondía inmediatamente:

—Sí, señor.

Cuando en las hojas de empadronamiento que nos envía á los vecinos el municipio llenaba las casillas que debía llenar, puesto que en las referentes á posesión de fincas rústicas ó urbanas siempre pasaba de largo, ó embellecía las hojas con comillas, en dando con la división en que el señor alcalde primero, muy señor mío, pregunta á cada ciudadano:

—Si sabe leer y escribir.

Yo escribía con cierta vanidad: «Sí, sabe».

Que así, escrito en tercera persona, parece más modesta la respuesta, porque puede creer el señor alcalde que le responde alguno de mis chicos, y tratándose de papá, es disculpable la respuesta.

Pero todo acabó.

Terminada mi carrera, empecé á enterarme de que no sabía leer.

Ustedes, como yo, conocerían la letra de imprenta, la letra caligráfica, la manuscrita española, inglesa, bastarda, redondilla, y aun la gótica.

Y de cuando en cuando las letras de adorno y las iniciales bordadas en los tirantes de los que los usan y en las puntas de los pañuelos de bolsillo, y en otras prendas interiores.

Es decir, que conocíamos el castellano, si no antiguo, algo pasado ya.

Las artes han adelantado.

El gusto ha sufrido modificaciones importantes.

Las letras de adorno han llegado á ser la escritura de los dioses.

Viendo algunas cifras y varias muestras de establecimientos mercantiles y ciertas portadas de libros, se adquiere la convicción de que no se sabe leer.

### ALREDEDOR DEL MUNDO



NANCY.— Estatua de Thiers

Hay cierta propensión á imitar las impresiones é ilustraciones de la Edad Media para abajo.

¿Quién imprime hoy un libro en caracteres correctos y al alcance de todas «las instrucciones primarias?»

Por lo menos debe emplearse el tipo elzeveriano.

Lo más elegante en tipografía, es el tipo que usaron los tipógrafos de los siglos xvi y xvii.

Con aquellas eses de cuerpo entero, con que leemos:

«Se oye una música suave.»

Y efe en lugar de la hache.

Y que en este caso no basta aquello de:

—Llámelo usted hache.

Pero donde hemos llegado al colmo de la fantasía, es en las letras de adorno.

A mis manos han llegado algunas veces libros, cuyos títulos no he podido deletrear.

—¡Vaya un título!—pensaba yo.—Este libro está escrito en ruso.

Otras veces el título me parecía una suciedad indigna.

De algunos libros puedo asegurar á ustedes que he tenido que preguntar á los amigos ó á la delegación del distrito.

Estas fantasías en las letras han ocasionado varios conflictos.

A un amigo regaló su esposa en el día de su cumpleaños un estuche que contenía petaca, fosforera y cartera.

Todo de valor y de buen gusto.

En la cubierta del estuche había puesto un platero las iniciales de la señora y del esposo, según declaró después el artista.

Las letras enlazadas imitaban involuntariamente, por parte del dibujante, la cabeza de un animal lidiante.

Recibir el estuche el marido, que era un Otelo refundido, ver aquel adorno y estrellar la caja en la cabeza de su mujer, fué todo uno.

Cuando se aclaró el geroglífico, al marido le parecía poca toda el árnica que se vende en Madrid.

Era el mejor obsequio que podía dedicar á su esposa.

He visto cartas en las que no se ven las letras, pero sí un nublado de rasgos.

—¿Esta es una carta—preguntaba yo en una ocasión—ó un muestrario de microbios?

En varias portadas de establecimientos comerciales, verán ustedes maravillas de paciencia.

Siempre me han inspirado admiración esos artistas que, sentados en la acera, pasan lo mejor de su vida trazando con el pincel maravillosas enredaderas de hojas y letras, y sanguijuelas y estrellas.

Pero estos artistas son inofensivos en tanto que no dibujan letras.

Llevar la fantasía á las letras es procurar la enajenación mental de los lectores.

Yo no sé si ésta será una monomanía; pero creo que antes de dos ó tres años, habrá aumentado el número de los casos de enajenación.

¡Si no podemos seguir así!

Es imposible.

EDUARDO DE PALACIO.

---

## Cantares

A un árbol me cobijé,  
y el árbol se vino abajo:  
como tú hicieras lo mismo,  
ya me estaba cobijando.

—  
Llevas dos manchas rojas  
en los carrillos  
que te puso la gracia  
por distintivo.

Voy á limpiarte  
porque llevo en los labios  
papel secante.

—  
Un viejo me aconsejó  
que me casara contigo:  
¡cómo le cogiese ahora,  
le aconsejaba lo mismo!

J. PEÑAFLORES DE GALLEGOS.



J. PASSOS



En el jardín

## El primer domingo

Fué un día triste: los recuerdos se empeñaban en mortificar mi espíritu, y solo, en la elevada vivienda donde me instalara, veíame por vez primera lejos de los míos, aquella tarde de fiesta.

Nada decían á mi imaginación juvenil las desconocidas magnificencias de la populosa capital; nada la fiebre y el bullicio en que se agitaba la revuelta muchedumbre de las calles. Todo aquel esplendor y aquel movimiento contribuían, por el contrario, á que me hallara más aislado; el espacio triste y brumoso, acababa de llenar mi espíritu de melancolía, presentándoseme como él sombrío el porvenir, y junto á la ingrata realidad de la tarde de aquel primer domingo que pasaba en la corte, tomaba, en el fondo de mi pensamiento, cuerpo y forma el recuerdo de aquellas tardes que solía pasar (arrimándome ya al camino de la vicaría) con la hermosa Josefa.

¡Qué tardes aquellas!

La naturaleza se asustaba y palidecía al ósculo frío y mortal del invierno...

Junto á la chimenea yo oía embobado á Josefa leer el capítulo interesante de la última novela, ó detrás de los cristales mojados por la continua y persistente lluvia, mirábamos ambos, silenciosos, á los transeuntes, pasar taciturnos, arrebuados en sus abrigos y con el paraguas chorreando.

Ella reclinaba suavemente en mi brazo su cintura, y con uno de sus finos y delicados dedos, trazaba mi nombre en el cristal para borrarlo luego con su aliento y volverlo á escribir.

Y yo... yo besaba luego aquellos labios, de donde había brotado el suave calor que condensaba mis cifras y se deshacía en los cristales en menudas gotitas.

Y no os hablo de aquellos serenos crepúsculos de estío... en el ocaso el sol, la luna alta ya redonda, cenicienta y misteriosa, en el lado opuesto...

Nosotros en la larga galería...

Su faz blanquecina, la negrura de sus ojos y de sus cabellos, brillando con extraños reflejos, y allá, en el fondo, en la enramada del vecino parque, los últimos vagorosos ruidos del día y los velados y tranquilos misterios de la noche...

El gotear del agua del estanque, el rítmico y campestre canto del grillo, el murmurio de la fronda, la mortecina luz y las pardas sombras, todo, todo adormeciéndose perezoso en el regazo de la quietud nocturna...

Refugiados en un rincón de aquella galería, robándonos á las miradas de todos ¡cuántas veces habíamos apurado á medias el fresco racimo de exuberantes uvas que alcanzábamos de la frondosa y bien provista parra!

¡Ella las escogía! ¡qué granos más ricos aquéllos, jugosos, repletos, cerúleos!...

Reíos de mí, espíritus positivistas que tomaréis por ridícula bambolla de románticos idealismos, todos estos dulcísimos recuerdos.

¿No los comprendéis? Peor para vosotros que no los gustasteis.

Así Dios me prepare á mí tan tranquilas y plácidas horas como aquéllas en el resto de mis días, y así (como decía al comenzar éste que yo quería hacer compendio de las tristes impresiones de mi primer domingo de ostracismo y soledad y que ha resultado recapitulación de mis inolvidables venturas amorosas) así, digo, resultaron, por la ley del contraste, duras y amargas mis primeras horas de privación y aislamiento.

Mala suerte me deparó en Madrid mi primer domingo desapacible y cruel. Sitiado en casa por la lluvia, tuve ocasión de estar conmigo á solas, y la soledad fué siempre compañía que me causó miedo.

Cual vuelo de aves dormidas en el fondo del valle á las que el fagonazo del cazador despierta, levantáronse en tropel en el fondo de mi alma las dormidas memorias.

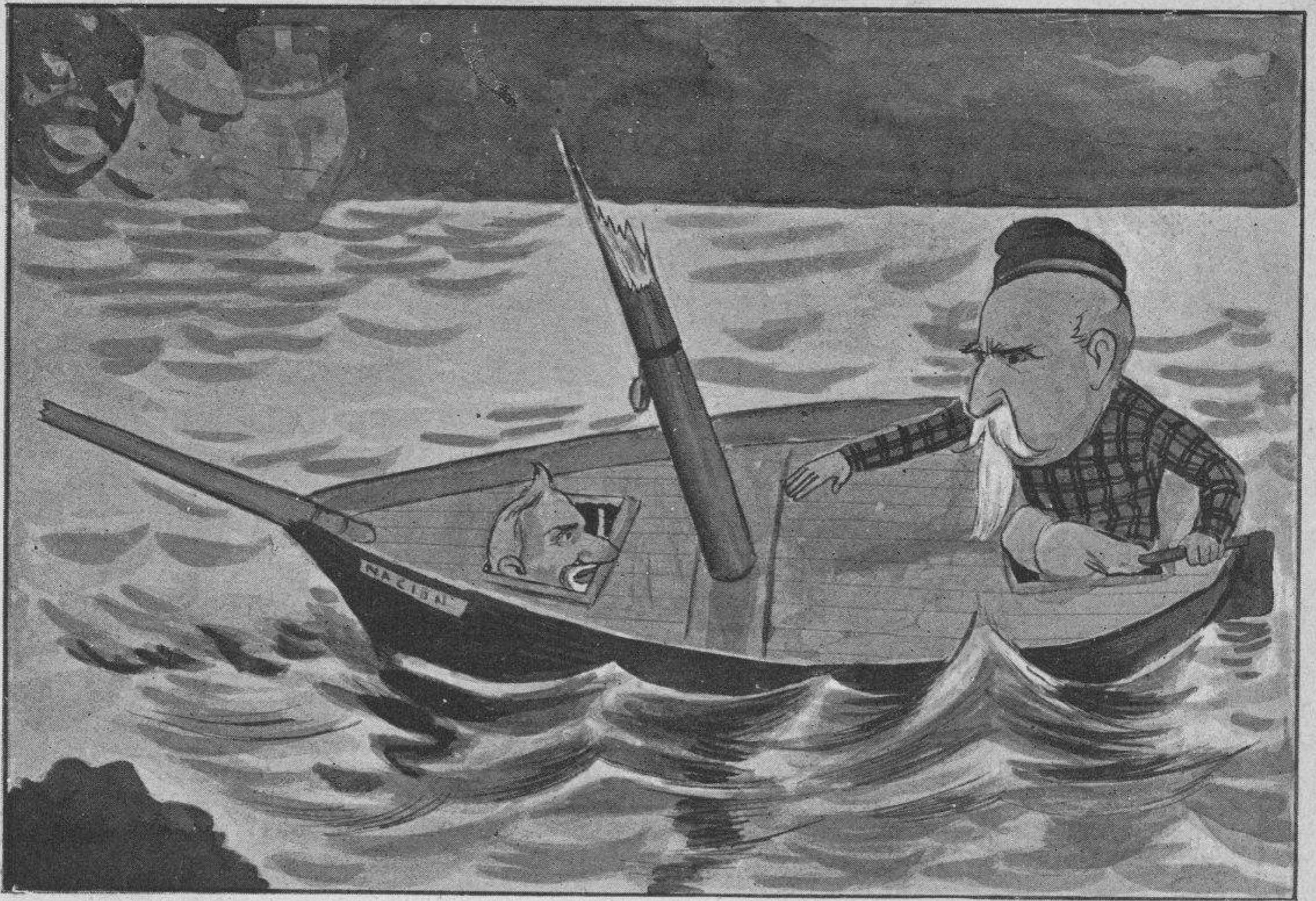
Los acordes de un piano hábilmente pulsado; el canto vago y lejano de una mujer; la calle humedecida por la lluvia; algo, en fin, de esto que donde quiera trae á nuestra mente analogías, y por asociación de ideas, despierta los recuerdos, fué lo que avivó la llama de mi imaginación.

Y ¡ay! os lo juro (que no tengo para que mentir) la tarde aquella, la pasé toda entera pegado á los cristales, la vista errante como buscando un punto perdido en el infinito del espacio.

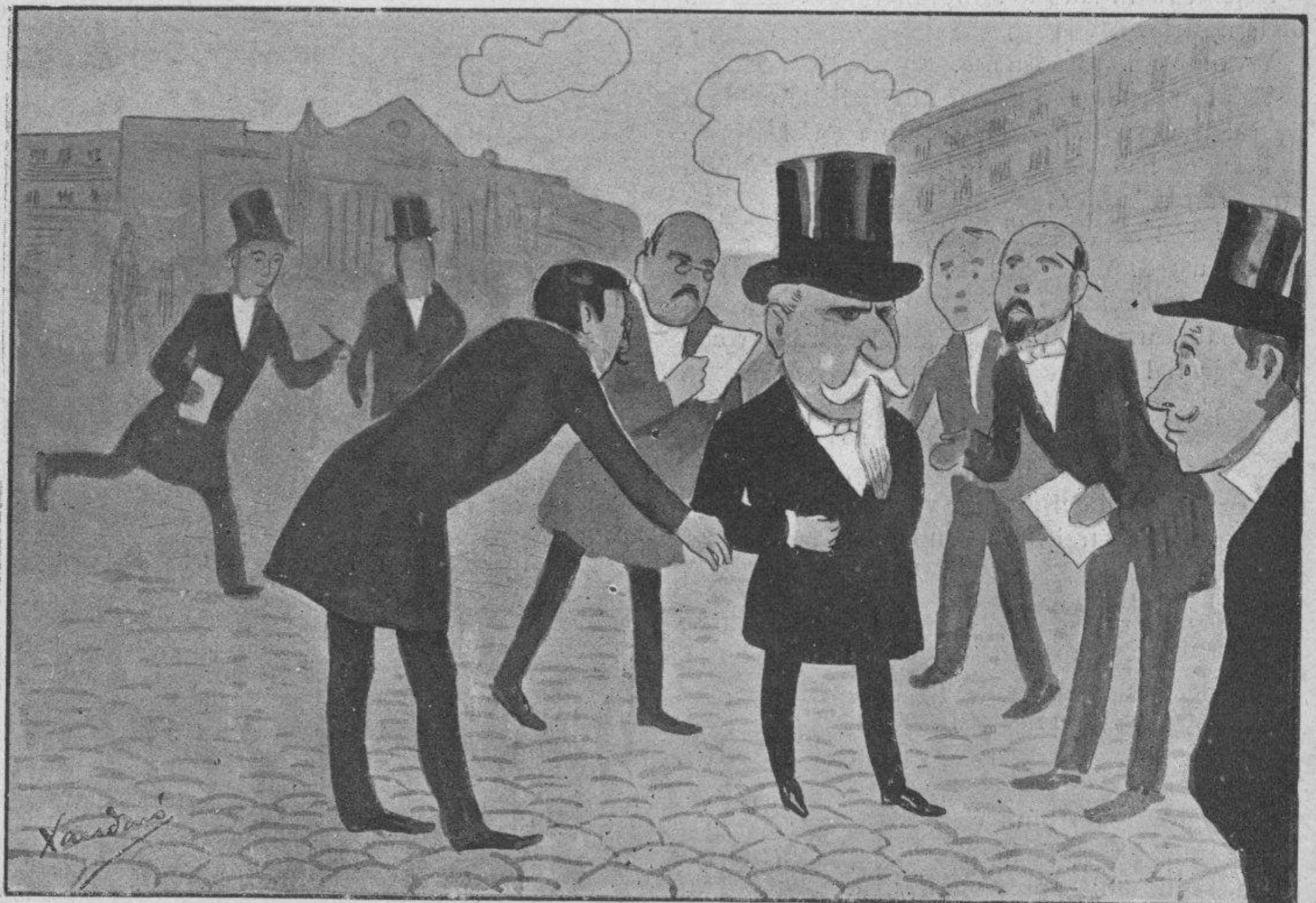
Aquel punto era un nimbo que encerraba los recuerdos queridos: mis padres, mi amada, mi tierra lejana...

Anochecido, pude observar que el llanto mojaba mis mejillas.

FRANCISCO JAVIER GARRIGA.



—Sube, sube, Mateo, á hacerte cargo de la barca, porque yo no entiendo el manejo del timón y soy capaz de estrellarla contra las rocas.



—¿.....?  
—Es inútil, señores; dice el refrán que en boca cerrada no entran moscas.



Ha sido denunciado el último número de *Madrid Cómico*.

Siento en el alma el percance del simpático colega.

Al cual, como es natural, deseo que salga con bien y sin consecuencias del tropiezo.



Porque no tiene hijos llora  
y está siempre triste Clara:  
¿cómo querrá tener hijos  
mujer que no tiene entrañas?



Dice un colega diario:

«En breve será botada al agua la quilla del crucero *Río de la Plata*, que regalan á España los españoles residentes en aquella república americana.»

Dejemos á un lado lo ramplón y mal redactado de la noticia.

Y vamos á lo importante.

Y lo importante aquí ¡oh, ilustradísimo colega de quien copio la gacetilla! es que en el Río de la Plata no hay, como usted cree, una república americana.

¡Hay dos! Una en cada orilla.

Diga usted, pues, «los españoles residentes en aquellas repúblicas.»

¡Y habrá usted cumplido con la verdad y con la geografía!



Permita Dios poderoso  
que si tu madre se baña,  
pierda el pie y se vaya á fondo  
y en treinta días no salga.



Platero tu padre fué  
y es de plateros tu casta;  
no me extraña ya que digan  
de tí, que eres una alhaja.

LUIS FAJARDO.



La lógica de los números:

—Vamos á ver: Te he dado en diferentes partidas, según mis apuntaciones, la cantidad de

setenta y ocho pesetas. Has ganado en cambio:

Primer mes . . . . . 89

Segundo mes. . . . . 97

Ahora sumemos: Nueve y siete, diez y seis y llevo una. No la quiero; te la dejo. Ocho y nueve, diez y siete. También te la dejo.

Total 76 pesetas.

Recibiste 78

Luego me debes dos.

Te las dejo.



A un estudiante guasón,  
frecuentador de garitos;  
tan amigo de mujeres  
como enemigo de libros;  
y tan falto de dinero  
como sobrado de vicios,  
preguntóle en un examen  
el catedrático Urquijo:  
—Diga usted, señor Pastor,  
¿dónde tiene usted *el vacío*?  
Echóse á reir el mozo,  
y á tiempo que los bolsillos  
volviendo iba del revés,  
le respondió con cinismo:  
—*Los vacíos* dirá usted...  
pues... los dos están lo mismo.

## LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia  
al administrador D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, Kiosco número 3

—\* PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN \*

España y Portugal, semestre . . . . . 6 pesetas

Año. . . . . 11 »

Extranjero y Ultramar, un año . . . . . 17 »

Número corriente, 20 céntimos

Número atrasado, 30 céntimos

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. Pago adelantado

Tipografía LA ACADÉMICA, de Serra H<sup>nos</sup> y Russell, Ronda Universidad, 6; Teléfono 861. — Barcelona